



Peregrinos de esperanza

APORTES PARA UNA NOVENA
EN EL AÑO SANTO 2025



Padre Obispo Maxi Margni
OBISPO DE AVELLANEDA-LANÚS

PRESENTACIÓN

Querida comunidad diocesana:

El Papa Francisco nos ha convocado a vivir el Jubileo del año 2025 como «peregrinos de esperanza», en un momento en que la humanidad necesita y espera de nosotros, más que nunca, ese testimonio. Es un buen momento, entonces, para redescubrir juntos las fuentes de nuestra esperanza y, bebiendo de ellas, dejarnos renovar personalmente y como comunidades peregrinas en Lanús y Avellaneda.

Ese es el espíritu de estos aportes para las novenas comunitarias, que con mucha alegría ponga ahora en sus manos. Los temas y textos escogidos nos invitan a adentrarnos en el corazón del Evangelio, meditando algunos de los grandes acentos del ministerio de Francisco y de las orientaciones pastorales que les propuse en Pentecostés de 2023. Estos aportes podrían inspirar las novenas de preparación a las fiestas patronales y también los diversos encuentros que tengamos a lo largo del Año Santo jubilar.

Durante estos tres años, he compartido con ustedes muchas celebraciones y encuentros; creo que este material, elaborado en y para nuestra Diócesis, responde a una necesidad real de nuestras comunidades. Estoy seguro de que, usándolo con creatividad y libertad, podrán encontrar en él mucha riqueza y profundidad en los contenidos.

Los invito, entonces, a aprovechar la riqueza de este subsidio, y agradezco de corazón a quienes han trabajado en su preparación. Que estos aportes sirvan para animar nuestro camino compartido buscando responder con fidelidad a las llamadas del Evangelio y de aquello que el Espíritu dice hoy a la Iglesia.

Reciban mi saludo fraterno y mi bendición.

Padre Obispo Maxi Margni
Obispo de Avellaneda-Lanús

Avellaneda-Lanús, 11 de octubre de 2024,
memoria de san Juan XXIII, papa.

Contenido

Desarrollo de la oración	4
Referencias e indicaciones	5
Día 1. Peregrinos de esperanza	7
Día 2. Peregrinos de esperanza con la alegría del Evangelio	13
Día 3. Peregrinos de esperanza en una Iglesia en salida	19
Día 4. Peregrinos de esperanza, renovados para la misión	25
Día 5. Peregrinos de esperanza, testigos de la misericordia	31
Día 6. Peregrinos de esperanza, atentos al clamor de los pobres	37
Día 7. Peregrinos de esperanza, testigos del Evangelio de la fraternidad y la justicia	43
Día 8. Peregrinos de esperanza, atentos al clamor de la tierra	49
Día 9. Peregrinos de esperanza caminando juntos	56

DESARROLLO DE LA ORACIÓN

Esta es una propuesta para el desarrollo de la oración cada día de la novena. Cada comunidad podrá adaptarlo según sus costumbres y su situación.

Los momentos con el signo • se encuentran entre los textos para cada día.

CANTO INICIAL

SEÑAL DE LA CRUZ

INTRODUCCIÓN •

LECTURA BÍBLICA •

Seguida de una breve pausa de silencio.

MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO •

Es posible elegir entre una lectura más breve (opción 1) o una más extensa (opción 2).

Ver las referencias y algunas indicaciones en las páginas que siguen.

SILENCIO

ORACIÓN COMUNITARIA •

CANTO FINAL

REFERENCIAS E INDICACIONES

Las lecturas bíblicas y las meditaciones del Papa Francisco, propuestas para cada día, están tomadas de los siguientes pasajes:

- Día 1 **Peregrinos de esperanza**
 Romanos 5, 1-2.5
Spes non confundit, nn. 1-3
- Día 2 **Peregrinos de esperanza con la alegría del Evangelio**
 Isaías 52, 7.9-10
Evangelii gaudium, nn. 1-3 y 6-8
- Día 3 **Peregrinos de esperanza en una Iglesia en salida**
 Mateo 28, 19-20
Evangelii gaudium, nn. 10, 20 y 23-24
- Día 4 **Peregrinos de esperanza, renovados para la misión**
 Mateo 10, 7-8
Evangelii gaudium, nn. 27, 33 y 47-49
- Día 5 **Peregrinos de esperanza, testigos de la misericordia**
 Lucas 6, 35-38
Misericordiae Vultus, nn. 9-10 y 12
- Día 6 **Peregrinos de esperanza, atentos al clamor de los pobres**
 Lucas 4, 18-19.21
Evangelii gaudium, nn. 186-187, 194-195 y 197-199
- Día 7 **Peregrinos de esperanza, testigos del Evangelio de la fraternidad y la justicia**
 Mateo 25, 34-36.40
Evangelii gaudium, nn. 177-180 y 183

Día 8 Peregrinos de esperanza, atentos al clamor de la tierra

Romanos 8, 19-24a

Laudato Si', nn. 66-67 y 217-220**Día 9 Peregrinos de esperanza caminando juntos**

Efesios 4, 3-6

Discurso para el inicio del proceso sinodal (fragmentos)

Algunas indicaciones

Para la meditación con palabras del Papa Francisco, cada día se proponen dos textos: uno más breve (opción 1) y otro más extenso (opción 2). Cada comunidad elegirá el que mejor se adapte a sus necesidades.

Es importante leer los textos pausadamente, de modo que todos puedan escuchar, comprender y meditar lo que se lee. Dos o más personas podrían alternarse en la lectura.

En la lectura más extensa, el signo ♦ indica que podría hacerse una breve pausa en ese momento, para favorecer la meditación.

Al final de la lectura, siempre hay un tiempo de silencio más amplio (2-3 minutos, o más) para meditar lo escuchado.

Las meditaciones provienen de los siguientes documentos, aunque los textos han sido abreviados y adaptados para la lectura pública:

- Bula *Spes non confundit* de convocación del Jubileo ordinario del año 2025, 9 de mayo de 2024.
- Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, 24 de noviembre de 2013.
- Carta encíclica *Laudato Si'* sobre el cuidado de la casa común, 24 de mayo de 2015.
- Bula *Misericordiae Vultus* de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia, 11 de abril de 2015.
- Discurso en el momento de reflexión para el inicio del proceso sinodal, 9 de octubre de 2021.

DÍA 1. PEREGRINOS DE ESPERANZA

INTRODUCCIÓN

Comenzamos esta novena, convocados por el Papa Francisco a vivir este Jubileo del año 2025 como «peregrinos de esperanza». Este es el lema que acompaña el Año Santo, y es también el espíritu con el que queremos rezar, meditar, dejarnos animar en nuestra novena. Es la palabra de Dios la que nos guía: escuchemos con corazón atento.

LECTURA BÍBLICA

De la carta del apóstol san Pablo a la comunidad de Roma.

Justificados por la fe, estamos en paz con Dios,
por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Por él hemos alcanzado, mediante la fe,
la gracia en la que estamos afianzados,
y por él nos gloriamos
en la esperanza de la gloria de Dios.

Y la esperanza no quedará defraudada,
porque el amor de Dios
ha sido derramado en nuestros corazones
por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado.

Palabra de Dios.

— Te alabamos, Señor.

MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

OPCIÓN 1 *Lectura más breve*

De la bula *La esperanza no defrauda*, del Papa Francisco, convocando al Jubileo del año 2025

«La esperanza no defrauda». La esperanza constituye el mensaje central del próximo Jubileo, que según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años.

En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, el futuro es imprevisible y hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea, para todos, ocasión de reavivar la esperanza.

El Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino. «Tengo la certeza —dice Pablo— de que ni la muerte ni la vida..., ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor».

He aquí porqué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad, y de este

modo hace posible que sigamos adelante en la vida. San Agustín escribe al respecto: «Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar».

OPCIÓN 2 *Lectura más extensa*

**De la bula *La esperanza no defrauda*,
del Papa Francisco, convocando al Jubileo del año 2025**

Francisco, Obispo de Roma, Siervo de los Siervos de Dios: A cuantos lean esta carta, que la esperanza les colme el corazón.

«La esperanza no defrauda». La esperanza constituye el mensaje central del próximo Jubileo, que según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años. Que el Jubileo pueda ser, para todos, un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, puerta de salvación; con Él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos, como «nuestra esperanza».

Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, el futuro es imprevisible y hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea, para todos, ocasión de reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda

a encontrar sus razones. Dejémonos conducir por lo que el apóstol Pablo escribió precisamente a los cristianos de Roma.

La Iglesia de Roma no había sido fundada por Pablo, pero él sentía vivo el deseo de llegar allí pronto para llevar a todos el Evangelio de Jesucristo, muerto y resucitado, como anuncio de la esperanza que realiza las promesas, conduce a la gloria y, fundamentada en el amor, no defrauda.



La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz. Pablo escribe: «Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo... Seremos salvados por su vida». Y la vida de Cristo se manifiesta en nuestra vida de fe, que empieza con el Bautismo; se desarrolla en la docilidad a la gracia de Dios y, por tanto, está animada por la esperanza, que se renueva siempre y se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo.

En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino. «Tengo la certeza —dice Pablo— de que ni la muerte ni la vida..., ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor».

He aquí porqué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida. San Agustín escribe al respecto: «Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar».

ORACIÓN COMUNITARIA

Recemos juntos a Cristo, nuestra esperanza,
diciendo: «Escúchanos, Señor».

- Por toda la Iglesia, llamada en este Año Santo
a renovar su encuentro con Cristo, esperanza del mundo.
Roguemos al Señor.
- Por todas las personas que sufren
y ven apagarse en ellas la llama de la esperanza.
Roguemos al Señor.
- Por nuestra comunidad de ...,
llamada a ser humilde testimonio de consuelo,
de cercanía y de esperanza en nuestro barrio.
Roguemos al Señor.

(Otras intenciones de la comunidad.)

Con sencillez y esperanza,
recemos como el Señor Jesús nos enseñó:

— Padre nuestro...

*Se puede agregar un Ave María,
la invocación del santo/a patrono/a: «San(ta) ..., ruega por nosotros»,
y el Gloria.*

Finalmente, la persona que anima dice esta oración u otra apropiada:

Padre misericordioso y fiel,
tu Hijo prometió estar presente
en medio de quienes se reúnen en su Nombre.
Concédenos sentir su presencia entre nosotros
y experimentar la abundancia
de su gracia, su misericordia y su paz,
para que seamos peregrinos y testigos de esperanza
entre los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
— Amén.

DÍA 2. PEREGRINOS DE ESPERANZA CON LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO

INTRODUCCIÓN

Somos peregrinos de esperanza, que caminan en la alegría del Evangelio. Esa alegría nace de saber que somos incondicionalmente amados, sostenidos, perdonados, incluso en las horas difíciles de la vida. En esta alegría de la esperanza, ponemos la mirada hoy, en este segundo día de nuestra novena.

LECTURA BÍBLICA

Del libro de Isaías.

¡Qué hermosos son sobre los montes
los pies del mensajero que anuncia la paz,
que trae la buena noticia,
que proclama la salvación
y dice a Sión: «Ya reina tu Dios»!

Prorrumpen en gritos de alegría, ruinas de Jerusalén,
porque el Señor consuela a su pueblo,
él rescata a Jerusalén.

El Señor desnuda su santo brazo
a la vista de todas las naciones,
y todos los confines de la tierra
verán la salvación de nuestro Dios.

Palabra de Dios.

— Te alabamos, Señor.

MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

OPCIÓN 1 *Lectura más breve*

De la Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, del Papa Francisco

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.

Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él. Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huuyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase.

Reconozco que la alegría no se vive del mismo modo en todas las etapas y circunstancias de la vida, a veces muy duras. Se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo. Comprendo a las personas que tienden a la tristeza por las graves dificultades que tienen que sufrir, pero poco a poco hay que permitir que la alegría de la fe comience a despertarse, como una secreta pero firme confianza, aun en medio de las peores angustias.

De maneras variadas, esas alegrías beben en la fuente del amor siempre más grande de Dios que se nos manifestó en Jesucristo.

OPCIÓN 2 *Lectura más extensa*

De la Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, del Papa Francisco

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.

El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien.

Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Ésa no es la opción de una vida digna y plena, ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado.

Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar

por Él. Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!



Reconozco que la alegría no se vive del mismo modo en todas las etapas y circunstancias de la vida, a veces muy duras. Se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo. Comprendo a las personas que tienden a la tristeza por las graves dificultades que tienen que sufrir, pero poco a poco hay que permitir que la alegría de la fe comience a despertarse, como una secreta pero firme confianza, aun en medio de las peores angustias.

Puedo decir que los gozos más bellos y espontáneos que he visto en mis años de vida son los de personas muy pobres que tienen poco a qué aferrarse. También recuerdo la genuina alegría de aquellos que, aun en medio de grandes compromisos profesionales, han sabido conservar un corazón creyente, desprendido y sencillo. De maneras variadas, esas alegrías beben en la fuente del amor siempre más grande de Dios que se nos manifestó en Jesucristo.

Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?

ORACIÓN COMUNITARIA

Recemos juntos a Cristo, nuestra esperanza, diciendo: «Escúchanos, Señor».

- Que la alegría de tu Evangelio nos ayude a pasar del aislamiento a la comunidad, del desaliento a la confianza.
Te rogamos, Jesús.
- Que tu Iglesia, nuestra comunidad, busque siempre hacerse cercana a quienes viven en la tristeza, la soledad, la angustia.
Te rogamos, Jesús.
- Que tu amor y tu misericordia acompañen especialmente a quienes han perdido la alegría de la fe y a quienes atraviesan horas de dolor y oscuridad.
Te rogamos, Jesús.

(Otras intenciones de la comunidad.)

Con sencillez y esperanza,
 recemos como el Señor Jesús nos enseñó:

— Padre nuestro...

*Se puede agregar un Ave María,
 la invocación del santo/a patrono/a: «San(ta) ..., ruega por nosotros»,
 y el Gloria.*

Finalmente, la persona que anima dice esta oración u otra apropiada:

Padre misericordioso y fiel,
 tu Hijo prometió estar presente
 en medio de quienes se reúnen en su Nombre.

Concédenos sentir su presencia entre nosotros
 y experimentar la abundancia

de su gracia, su misericordia y su paz,
 para que seamos peregrinos y testigos de esperanza
 entre los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

— Amén.

DÍA 3. PEREGRINOS DE ESPERANZA EN UNA IGLESIA EN SALIDA

INTRODUCCIÓN

Somos peregrinos de esperanza. Para peregrinar es necesario ponerse en camino y hacerlo junto con otros. En el tercer día de nuestra novena, queremos reflexionar y orar pidiendo esa alegría del Evangelio que hace de nosotros una comunidad en salida, que sabe salir de sí misma al encuentro de otros.

LECTURA BÍBLICA

Del Evangelio según san Mateo.

Jesús resucitado dice a los discípulos:

«Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos,
bautizándolos en el nombre

del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo,
y enseñándoles a poner en práctica
todo lo que yo les he mandado.

Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo».

Palabra de Dios.

— Te alabamos, Señor.

MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

OPCIÓN 1 *Lectura más breve*

De la Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, del Papa Francisco

En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de «salida» que Dios quiere provocar en los creyentes. Hoy, en este «Vayan» con que Jesús nos envía, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva «salida» misionera. Cada cristiano y cada comunidad..., todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie.

La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan.

«Primerear»: La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor; y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrévamonos un poco más a primerear!

OPCIÓN 2 *Lectura más extensa***De la Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, del Papa Francisco**

«La vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión». Recobremos y acrecentemos el fervor, como escribía el Papa Pablo VI, «la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas».

En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de «salida» que Dios quiere provocar en los creyentes. Hoy, en este «Vayan» con que Jesús nos envía, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva «salida» misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio.

La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión «esencialmente se configura como comunión misionera». Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie.



La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan.

«Primerear»: La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor; y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrévamonos un poco más a primerear!

Como consecuencia, la Iglesia sabe «involucrarse». Jesús lavó los pies a sus discípulos. El Señor se involucra e involucra a los suyos, poniéndose de rodillas ante los demás para lavarlos. Pero luego dice a los discípulos: «Ustedes serán felices si hacen esto». La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y éstas escuchan su voz.

Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a «acompañar». Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites.

Fiel al don del Señor, también sabe «fructificar». La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda. Cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña.

Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados.

Por último, la comunidad evangelizadora gozosa siempre sabe «festejar». Celebra y festeja cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización. La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien.

ORACIÓN COMUNITARIA

Recemos juntos a Cristo, nuestra esperanza,
diciendo: «Escúchanos, Señor».

- Te pedimos el aliento de tu Espíritu:
que nos renueve como Iglesia en salida, comunión misionera,
para que llegue a todos la esperanza del Evangelio.
Te rogamos, Jesús.
- Te pedimos la luz de tu Espíritu:
que nos ayude a reconocer caminos nuevos, creativos,
para hacer presente el Evangelio en medio de nuestro pueblo.
Te rogamos, Jesús.
- Te pedimos el consuelo de tu Espíritu:
que ponga paz en nuestras tensiones,
alegría en nuestros cansancios,
confianza en los momentos arduos del camino.
Te rogamos, Jesús.

(Otras intenciones de la comunidad.)

Con sencillez y esperanza,
recomos como el Señor Jesús nos enseñó:

— Padre nuestro...

*Se puede agregar un Ave María,
la invocación del santo/a patrono/a: «San(ta) ..., ruega por nosotros»,
y el Gloria.*

Finalmente, la persona que anima dice esta oración u otra apropiada:

Padre misericordioso y fiel,
tu Hijo prometió estar presente
en medio de quienes se reúnen en su Nombre.

Concédenos sentir su presencia entre nosotros
y experimentar la abundancia

de su gracia, su misericordia y su paz,
para que seamos peregrinos y testigos de esperanza
entre los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

— Amén.

DÍA 4. PEREGRINOS DE ESPERANZA, RENOVADOS PARA LA MISIÓN

INTRODUCCIÓN

Somos peregrinos de esperanza, portadores de la Buena Noticia para nuestro pueblo. En este cuarto día de nuestra novena, seguiremos profundizando el llamado de Cristo a ser Iglesia en salida, como escuchábamos ayer, una comunidad que continuamente se deja renovar por el Evangelio para la misión.

LECTURA BÍBLICA

Del Evangelio según san Mateo.

Jesús envió a sus discípulos, diciendo:

«Por el camino, proclamen
que el Reino de los Cielos está cerca.

Curen a los enfermos,
resuciten a los muertos,
purifiquen a los leprosos,
expulsen a los demonios.

Ustedes han recibido gratuitamente,
den también gratuitamente».

Palabra de Dios.

— Te alabamos, Señor.

MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

OPCIÓN 1 *Lectura más breve*

De la Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, del Papa Francisco

Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así».

La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes. Pero hay otras puertas que tampoco se deben cerrar. Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, todos pueden integrar la comunidad, y tampoco las puertas de los sacramentos deberían cerrarse por una razón cualquiera. A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas.

Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Prefero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los

contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Denles de comer ustedes!».

OPCIÓN 2 *Lectura más extensa*

De la Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, del Papa Francisco

Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación.

La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así». Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades. Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral.

La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes. De ese modo, si alguien se acerca buscando a Dios, no se encontrará con la frialdad de unas puertas cerradas. Pero hay otras puertas que tampoco se

deben cerrar. Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, todos pueden integrar la comunidad, y tampoco las puertas de los sacramentos deberían cerrarse por una razón cualquiera. A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida auestas.



Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero ¿a quiénes debería privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio, se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que «no tienen con qué recompensarte». No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, «los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio», y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos.

Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser

el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Denles de comer ustedes!».

ORACIÓN COMUNITARIA

Recemos juntos a Cristo, nuestra esperanza,
diciendo: «Escúchanos, Señor».

- Pidamos perdón por nuestros encierros y comodidades,
por no haber ido al encuentro de los pobres y quienes sufren,
por haber callado y escondido la alegría del Evangelio.
Roguemos al Señor.
- Pidamos por quienes viven
sin la fuerza, la luz y el consuelo del Evangelio,
sin una comunidad de fe que los contenga,
sin un horizonte de sentido y de vida.
Roguemos al Señor.

- Pidamos la gracia de ser casa de puertas abiertas, lugar de misericordia, de fraternidad, de esperanza, comunidad que recibe, escucha, acompaña. Roguemos al Señor.

(Otras intenciones de la comunidad.)

Con sencillez y esperanza,
recemos como el Señor Jesús nos enseñó:

— Padre nuestro...

*Se puede agregar un Ave María,
la invocación del santo/a patrono/a: «San(ta) ..., ruega por nosotros»,
y el Gloria.*

Finalmente, la persona que anima dice esta oración u otra apropiada:

Padre misericordioso y fiel,
tu Hijo prometió estar presente
en medio de quienes se reúnen en su Nombre.
Concédenos sentir su presencia entre nosotros
y experimentar la abundancia
de su gracia, su misericordia y su paz,
para que seamos peregrinos y testigos de esperanza
entre los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
— Amén.

DÍA 5. PEREGRINOS DE ESPERANZA, TESTIGOS DE LA MISERICORDIA

INTRODUCCIÓN

Somos peregrinos de esperanza, abrazados y sostenidos por la misericordia de Dios. En este quinto día de nuestra novena, queremos redescubrir esa buena noticia de la misericordia del Señor y dejarnos alcanzar por su fuerza renovadora en nuestra vida personal y comunitaria. Por eso, dejemos que la Palabra de Dios entre en nuestros corazones una vez más.

LECTURA BÍBLICA

Del Evangelio según san Lucas.

Dice Jesús: «Amen a sus enemigos,
hagan el bien y presten sin esperar nada en cambio.
Entonces la recompensa de ustedes será grande
y serán hijos del Altísimo,
porque él es bueno con los desagradecidos y los malos.

Sean misericordiosos,
como el Padre de ustedes es misericordioso.

No juzguen y no serán juzgados;
no condenen y no serán condenados;
perdonen y serán perdonados.

Den, y se les dará.

Les volcarán sobre el regazo una buena medida,
apretada, sacudida y desbordante.

Porque la medida con que ustedes midan también se usará para ustedes».

Palabra de Dios.

— Te alabamos, Señor.

MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

OPCIÓN 1 *Lectura más breve*

**De la bula *El Rostro de la Misericordia*,
del Papa Francisco**

La misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros. Es sobre esta misma “amplitud de onda” que se debe orientar el amor misericordioso de los cristianos. Como ama el Padre, así aman los hijos. Como Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros.

La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes. Nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia «vive un deseo inagotable de brindar misericordia».

La Iglesia tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona. La Esposa de Cristo

hace suyo el comportamiento del Hijo de Dios que sale a encontrar a todos, sin excluir ninguno.

La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo. De este amor, que llega hasta el perdón y al don de sí, la Iglesia se hace sierva y mediadora ante los hombres. Por tanto, donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia.

OPCIÓN 2 *Lectura más extensa*

De la bula *El Rostro de la Misericordia*, del Papa Francisco

La misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros. Él no se limita a afirmar su amor, sino que lo hace visible y palpable. El amor, después de todo, nunca podrá ser una palabra abstracta. Por su misma naturaleza es vida concreta: intenciones, actitudes, comportamientos que se verifican en el vivir cotidiano. Es sobre esta misma “amplitud de onda” que se debe orientar el amor misericordioso de los cristianos. Como ama el Padre, así aman los hijos. Como Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros.

La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes. Nada en su anun-

cio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia «vive un deseo inagotable de brindar misericordia».

Tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia. Por una parte, la tentación de pretender siempre y solamente la justicia ha hecho olvidar que ella es el primer paso, necesario e indispensable. La Iglesia no obstante necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y más significativa. Por otra parte, es triste constatar cómo la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más. Incluso la palabra misma en algunos momentos parece evaporarse. Sin el testimonio del perdón, sin embargo, queda solo una vida infecunda y estéril, como si se viviese en un desierto desolado. Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza.



La Iglesia tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona. La Esposa de Cristo hace suyo el comportamiento del Hijo de Dios que sale a encontrar a todos, sin excluir ninguno. En nuestro tiempo, en el que la Iglesia está comprometida en la nueva evangelización, el tema de la misericordia exige ser propuesto una vez más con

nuevo entusiasmo y con una renovada acción pastoral. Es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre.

La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo. De este amor, que llega hasta el perdón y al don de sí, la Iglesia se hace sierva y mediadora ante los hombres. Por tanto, donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia.

ORACIÓN COMUNITARIA

Recemos juntos a Cristo, nuestra esperanza, diciendo: «Escúchanos, Señor».

- Recemos por el Papa Francisco, nuestro Obispo Maxi y todos los que animan la vida y la misión de la Iglesia: que sus gestos, sus palabras y sus opciones sean imagen viva de la misericordia de Cristo. Roguemos al Señor.
- Recemos por nuestra comunidad y toda la Iglesia: que la misericordia esté en el centro de su vida y su anuncio, y todos encuentren en ella consuelo, acogida y esperanza. Roguemos al Señor.

- Recemos por quienes se sienten alejados de Dios, heridos en la vida, y por quienes nos cuesta perdonar: que el amor misericordioso, incondicional de Dios nos libere el corazón y ponga luz en nuestra vida. Roguemos al Señor.

(Otras intenciones de la comunidad.)

Con sencillez y esperanza,
recemos como el Señor Jesús nos enseñó:

— Padre nuestro...

*Se puede agregar un Ave María,
la invocación del santo/a patrono/a: «San(ta) ...»,
ruega por nosotros»,
y el Gloria.*

Finalmente, la persona que anima dice esta oración u otra apropiada:

Padre misericordioso y fiel,
tu Hijo prometió estar presente
en medio de quienes se reúnen en su Nombre.
Concédenos sentir su presencia entre nosotros
y experimentar la abundancia
de su gracia, su misericordia y su paz,
para que seamos peregrinos y testigos de esperanza
entre los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
— Amén.

DÍA 6. PEREGRINOS DE ESPERANZA, ATENTOS AL CLAMOR DE LOS POBRES

INTRODUCCIÓN

Somos peregrinos de esperanza. Somos una Iglesia llamada a una cercanía misericordiosa con quienes sufren, con los últimos, con los más pobres. Del corazón de Jesús y de su Evangelio, queremos aprender esa cercanía de Dios y hacerla nuestra. Recibamos también hoy su buena noticia.

LECTURA BÍBLICA

Del Evangelio según san Lucas.

En la sinagoga de Nazaret, Jesús dijo:
«El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha consagrado por la unción.
Él me envió a llevar la buena noticia a los pobres,
a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos,
a dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.
Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura
que acaban de oír».

Palabra de Dios.

— Te alabamos, Señor.

MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

OPCIÓN 1 *Lectura más breve*

De la Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, del Papa Francisco

De nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad.

Cuando san Pablo se acercó a los Apóstoles de Jerusalén para discernir «si corría o había corrido en vano», el criterio clave de autenticidad que le indicaron fue que no se olvidara de los pobres. Este gran criterio tiene una gran actualidad en el contexto presente, donde tiende a desarrollarse un nuevo paganismo individualista. La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha.

El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo «se hizo pobre». Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo».

Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del «sentido de la fe», en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles

nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.

OPCIÓN 2 *Lectura más extensa*

De la Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, del Papa Francisco

De nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad.

Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad. Esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo. Basta recorrer las Escrituras para descubrir cómo el Padre bueno quiere escuchar el clamor de los pobres.

Es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente, que ninguna interpretación eclesial tiene derecho a relativizarlo. La reflexión de la Iglesia sobre estos textos no debería oscurecer o debilitar su sentido, sino más bien ayudar a asumirlos con valentía y fervor. Esto vale sobre todo para las exhortaciones bíblicas que invitan con tanta contundencia al amor fraterno, al servicio humilde y generoso, a la justicia, a la misericordia con el pobre. Jesús nos enseñó este camino de reconocimiento del otro con sus palabras y con sus gestos. ¿Para qué oscurecer lo

que es tan claro? No nos preocupemos sólo por no caer en errores doctrinales, sino también por ser fieles a este camino luminoso de vida y de sabiduría.

Cuando san Pablo se acercó a los Apóstoles de Jerusalén para discernir «si corría o había corrido en vano», el criterio clave de autenticidad que le indicaron fue que no se olvidara de los pobres. Este gran criterio, para que las comunidades paulinas no se dejaran devorar por el estilo de vida individualista de los paganos, tiene una gran actualidad en el contexto presente, donde tiende a desarrollarse un nuevo paganismo individualista. La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha.



El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo «se hizo pobre». Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo». Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como una «forma especial de poner en primer lugar el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia».

Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del «sentido de la fe», en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica

de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.

Sólo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación. Únicamente esto hará posible, como decía san Juan Pablo II, que «los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino?».

ORACIÓN COMUNITARIA

Recemos juntos a Cristo, nuestra esperanza,
diciendo: «Escúchanos, Señor».

- Queremos recordar en tu presencia, Jesús,
a los más pobres y vulnerables de nuestra sociedad,
a quienes no tienen trabajo o viven en condiciones precarias:
ayúdanos a escuchar su clamor y a responder desde el amor.
Te rogamos, Señor.
- Queremos darte gracias, Jesús,
por el testimonio de fe de los más pobres y humildes:
que esa fe nos evangelice, y nos enseñe a vivir
con mayor sencillez, en la fraternidad y en la justicia.
Te rogamos, Señor.

- Queremos poner entre tus manos, Jesús,
el camino de la Iglesia y de nuestra comunidad:
que lleguemos a ser una Iglesia pobre para los pobres,
que busca aliviar sus dolores y compartir sus esperanzas.
Te rogamos, Señor.

(Otras intenciones de la comunidad.)

Con sencillez y esperanza,
recemos como el Señor Jesús nos enseñó:

– Padre nuestro...

*Se puede agregar un Ave María,
la invocación del santo/a patrono/a: «San(ta) ..., ruega por nosotros»,
y el Gloria.*

Finalmente, la persona que anima dice esta oración u otra apropiada:

Padre misericordioso y fiel,
tu Hijo prometió estar presente
en medio de quienes se reúnen en su Nombre.
Concédenos sentir su presencia entre nosotros
y experimentar la abundancia
de su gracia, su misericordia y su paz,
para que seamos peregrinos y testigos de esperanza
entre los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
– Amén.

DÍA 7. PEREGRINOS DE ESPERANZA, TESTIGOS DEL EVANGELIO DE LA FRATERNIDAD Y LA JUSTICIA

INTRODUCCIÓN

En este séptimo día de nuestra novena, quisiéramos escuchar la llamada del Evangelio a ser peregrinos y testigos de esperanza en una sociedad y un mundo cargados de angustias y sufrimientos, herido por divisiones e injusticias. Abramos el oído y el corazón a la palabra que Jesús nos dirige hoy.

LECTURA BÍBLICA

Del Evangelio según san Mateo.

Dice Jesús en una parábola:

«Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria,
dirá a los justos: “Vengan, benditos de mi Padre,
y reciban en herencia el Reino
preparado para ustedes desde el comienzo del mundo.

Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer;
tuve sed, y me dieron de beber;
estaba de paso, y me alojaron;
desnudo, y me vistieron;
enfermo, y me visitaron;
preso, y me vinieron a ver.

Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo».

Palabra de Dios.

— Te alabamos, Señor.

MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

OPCIÓN 1 *Lectura más breve*

De la Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, del Papa Francisco

En el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros.

El misterio de la Trinidad nos recuerda que fuimos hechos a imagen de esa comunión divina: por eso no podemos realizarnos ni salvarnos solos. La aceptación del primer anuncio, que invita a dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás.

¡Qué peligroso y qué dañino es el acostumbamiento que nos lleva a perder el asombro, la capacidad de dejarnos cautivar, el entusiasmo por vivir el Evangelio de la fraternidad y la justicia! Lo que expresan las Escrituras es la absoluta prioridad de la «salida de sí hacia el hermano» como uno de los dos mandamientos principales que fundan toda norma moral y como el signo más claro para discernir acerca del camino de crecimiento espiritual en respuesta a la donación absolutamente gratuita de Dios.

Nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas. Una auténtica fe —que nunca es cómoda e individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos. Todos los cristianos, también los Pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor. De eso se trata, porque el pensamiento social de la Iglesia orienta una acción transformadora, y en ese sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón amante de Jesucristo.

OPCIÓN 2 *Lectura más extensa*

De la Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, del Papa Francisco

En el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros.

Confesar a un Padre que ama infinitamente a cada ser humano implica descubrir que «con ello le confiere una dignidad infinita». Confesar que el Hijo de Dios asumió nuestra carne humana significa que cada persona humana ha sido elevada al corazón mismo de Dios. Confesar que el Espíritu Santo actúa en todos implica reconocer que Él procura penetrar toda situación humana y todos los vínculos sociales. La evangelización procura cooperar también con esa acción liberadora del Espíritu.

El misterio mismo de la Trinidad nos recuerda que fuimos hechos a imagen de esa comunión divina: por eso no podemos realizarnos ni salvarnos solos. La aceptación del primer anuncio, que invita a dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás.

¡Qué peligroso y qué dañino es el acostumbramiento que nos lleva a perder el asombro, la capacidad de dejarnos cautivar, el entusiasmo por vivir el Evangelio de la fraternidad y la justicia! Lo que expresan las Escrituras es la absoluta prioridad de la «salida de sí hacia el hermano» como uno de los dos mandamientos principales que fundan toda norma moral y como el signo más claro para discernir acerca del camino de crecimiento espiritual en respuesta a la donación absolutamente gratuita de Dios.



Leyendo las Escrituras queda por demás claro que la propuesta del Evangelio no es sólo la de una relación personal con Dios. Nuestra respuesta de amor tampoco debería entenderse como una mera suma de pequeños gestos personales dirigidos a algunos individuos necesitados. La propuesta es el Reino de Dios; se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales.

El mandato misionero es: «Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación». Toda la creación quiere decir también todos los aspectos de la vida humana. Su mandato

de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño. La verdadera esperanza cristiana siempre genera historia.

Por consiguiente, nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas. Una auténtica fe —que nunca es cómoda e individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos. Todos los cristianos, también los Pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor. De eso se trata, porque el pensamiento social de la Iglesia orienta una acción transformadora, y en ese sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón amante de Jesucristo.

ORACIÓN COMUNITARIA

Recemos juntos a Cristo, nuestra esperanza, diciendo: «Escúchanos, Señor».

- Envíanos el Espíritu de comunión,
para que nos dejemos cautivar
por el Evangelio de la fraternidad y la justicia
hasta vivirlo y testimoniarlo en medio de nuestro pueblo.

- Envíanos el Espíritu de santidad,
para que nos enseñe a cuidar de los más débiles,
a trabajar por una sociedad más inclusiva y justa,
a custodiar esta tierra que nos diste como casa de todos.
- Envíanos el Espíritu de tu amor,
para que nuestras comunidades sean el lugar
donde se aprende y se vive la fraternidad, la reconciliación,
el respeto por la dignidad para toda persona.

(Otras intenciones de la comunidad.)

Con sencillez y esperanza,
recemos como el Señor Jesús nos enseñó:

— Padre nuestro...

*Se puede agregar un Ave María,
la invocación del santo/a patrono/a: «San(ta) ..., ruega por nosotros»,
y el Gloria.*

Finalmente, la persona que anima dice esta oración u otra apropiada:

Padre misericordioso y fiel,
tu Hijo prometió estar presente
en medio de quienes se reúnen en su Nombre.
Concédenos sentir su presencia entre nosotros
y experimentar la abundancia
de su gracia, su misericordia y su paz,
para que seamos peregrinos y testigos de esperanza
entre los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
— Amén.

DÍA 8. PEREGRINOS DE ESPERANZA, ATENTOS AL CLAMOR DE LA TIERRA

INTRODUCCIÓN

Somos peregrinos de esperanza en esta tierra, en la que Dios nos ha confiado para cultivarla y cuidarla. En este octavo día de la novena, queremos estar atentos a la contemplación de la belleza de la creación y el cuidado de nuestra casa común.

LECTURA BÍBLICA

De la carta del apóstol san Pablo a la comunidad de Roma.

Toda la creación espera ansiosamente
la revelación de los hijos de Dios.

Ella quedó sujeta a la vanidad,
no voluntariamente,
sino por causa de quien la sometió,
pero conservando una esperanza.

Porque también la creación será liberada
de la esclavitud de la corrupción
para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

Sabemos que la creación entera,
hasta el presente,
gime y sufre dolores de parto.

Y no sólo ella: también nosotros,
 que poseemos las primicias del Espíritu,
 gemimos interiormente anhelando
 que se realice la redención de nuestro cuerpo.
 Porque solamente en esperanza estamos salvados.

Palabra de Dios.

— Te alabamos, Señor.

MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

OPCIÓN 1 *Lectura más breve*

**De la Carta encíclica *Laudato Si'*,
 del Papa Francisco**

Si «los desiertos exteriores se multiplican en el mundo porque se han extendido los desiertos interiores», la crisis ecológica es un llamado a una profunda conversión interior. Nos hace falta entonces una conversión ecológica, que implica dejar brotar todas las consecuencias del encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que nos rodea. Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana.

Esto implica también reconocer los propios errores, pecados, vicios o negligencias, y arrepentirse de corazón, cambiar desde adentro. Sin embargo, no basta que cada uno sea mejor para resolver una situación tan compleja como la que afronta el mundo actual. A problemas sociales se responde con redes comunitarias, no con la mera suma de bienes individuales. La conversión

ecológica que se requiere para crear un dinamismo de cambio duradero es también una conversión comunitaria.

Esta conversión supone diversas actitudes que se conjugan para movilizar un cuidado generoso y lleno de ternura. En primer lugar implica gratitud y gratuidad, es decir, un reconocimiento del mundo como un don recibido del amor del Padre, que provoca como consecuencia actitudes gratuitas de renuncia y gestos generosos aunque nadie los vea o los reconozca. También implica la amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal. Además, haciendo crecer las capacidades peculiares que Dios le ha dado, la conversión ecológica lleva al creyente a desarrollar su creatividad y su entusiasmo, para resolver los dramas del mundo, ofreciéndose a Dios «como un sacrificio vivo, santo y agradable».

OPCIÓN 2 *Lectura más extensa*

De la Carta encíclica *Laudato Si'*, del Papa Francisco

Los relatos de la creación en el libro del Génesis contienen, en su lenguaje simbólico y narrativo, profundas enseñanzas sobre la existencia humana y su realidad histórica. Estas narraciones sugieren que la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Según la Biblia, las tres relaciones vitales se han roto. Esta ruptura es el pecado. La armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado fue destruida por

haber pretendido ocupar el lugar de Dios, negándonos a reconocernos como criaturas limitadas.

Este hecho desnaturalizó también el mandato de «dominar» la tierra y de «labrarla y cuidarla». Como resultado, la relación originariamente armoniosa entre el ser humano y la naturaleza se transformó en un conflicto. Lejos de la armonía de los inicios, hoy el pecado se manifiesta con toda su fuerza de destrucción en las guerras, las diversas formas de violencia y maltrato, el abandono de los más frágiles, los ataques a la naturaleza.

Si «los desiertos exteriores se multiplican en el mundo porque se han extendido los desiertos interiores», la crisis ecológica es un llamado a una profunda conversión interior. Nos hace falta entonces una conversión ecológica, que implica dejar brotar todas las consecuencias del encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que nos rodea. Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana.

Esto implica también reconocer los propios errores, pecados, vicios o negligencias, y arrepentirse de corazón, cambiar desde adentro. Sin embargo, no basta que cada uno sea mejor para resolver una situación tan compleja como la que afronta el mundo actual. A problemas sociales se responde con redes comunitarias, no con la mera suma de bienes individuales. La conversión ecológica que se requiere para crear un dinamismo de cambio duradero es también una conversión comunitaria.



Esta conversión supone diversas actitudes que se conjugan para movilizar un cuidado generoso y lleno de ternura. En primer lugar implica gratitud y gratuidad, es decir, un reconocimiento del mundo como un don recibido del amor del Padre, que provoca como consecuencia actitudes gratuitas de renuncia y gestos generosos aunque nadie los vea o los reconozca. También implica la amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal. Además, haciendo crecer las capacidades peculiares que Dios le ha dado, la conversión ecológica lleva al creyente a desarrollar su creatividad y su entusiasmo, para resolver los dramas del mundo, ofreciéndose a Dios «como un sacrificio vivo, santo y agradable».

No somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada. Hoy debemos rechazar con fuerza que, del hecho de ser creados a imagen de Dios y del mandato de dominar la tierra, se deduzca un dominio absoluto sobre las demás criaturas. Los textos bíblicos nos invitan a «labrar y cuidar» el jardín del mundo. Mientras «labrar» significa cultivar, arar o trabajar, «cuidar» significa proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar. Cada comunidad puede tomar de la bondad de la tierra lo que necesita para su supervivencia, pero también tiene el deber de protegerla y de garantizar la continuidad de su fertilidad para las generaciones futuras. Porque, en definitiva, «la tierra es del Señor», a él pertenece «la tierra y cuanto hay en ella».

ORACIÓN COMUNITARIA

Recemos juntos a Cristo, nuestra esperanza,
diciendo: «Escúchanos, Señor».

- Tuya es la tierra y todo lo que hay en ella:
Enseñanos la mirada contemplativa, la gratitud
y la atención respetuosa ante todo lo creado.
Te rogamos, Señor.
- Nos diste esta tierra para cultivarla y cuidarla:
Enseñanos a habitarla con sencillez y humildad,
y custodiar la creación en su diversidad y belleza.
Te rogamos, Señor.
- Has venido para hacer nuevas todas las cosas:
Enseñanos a sentirnos solidarios y unidos a toda creatura,
y permanecer atentos al clamor de los pobres y de la tierra.
Te rogamos, Señor.

(Otras intenciones de la comunidad.)

Con sencillez y esperanza,
recemos como el Señor Jesús nos enseñó:

— Padre nuestro...

*Se puede agregar un Ave María,
la invocación del santo/a patrono/a: «San(ta) ..., ruega por nosotros»,
y el Gloria.*

continúa ►

Finalmente, la persona que anima dice esta oración u otra apropiada:

Padre misericordioso y fiel,
tu Hijo prometió estar presente
en medio de quienes se reúnen en su Nombre.
Concédenos sentir su presencia entre nosotros
y experimentar la abundancia
de su gracia, su misericordia y su paz,
para que seamos peregrinos y testigos de esperanza
entre los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
— Amén.

DÍA 9. PEREGRINOS DE ESPERANZA CAMINANDO JUNTOS

INTRODUCCIÓN

Somos peregrinos de esperanza caminado juntos. Dios nos ha llamado a formar todos juntos un solo pueblo: pueblo de Dios, nacido del Bautismo, unidos en todo, compartiendo la vida, responsables de una misma misión. Dejemos que hoy, en el último día de nuestra novena, la Palabra de Dios reavive entre nosotros esta llamada.

LECTURA BÍBLICA

De la carta del apóstol san Pablo a la comunidad de Éfeso.

Traten de conservar la unidad del Espíritu
mediante el vínculo de la paz.

Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu,
así como hay una misma esperanza,
a la que ustedes han sido llamados,
de acuerdo con la vocación recibida.

Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo.
Hay un solo Dios y Padre de todos,
que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos.

Palabra de Dios.

— Te alabamos, Señor.

MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

OPCIÓN 1 *Lectura más breve*

Del discurso del Papa Francisco en la apertura del proceso sinodal

Las palabras clave del Sínodo son tres: comunión, participación y misión. Comunión y misión designan el misterio de la Iglesia. La comunión expresa la naturaleza misma de la Iglesia y, al mismo tiempo, la Iglesia ha recibido «la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino». La Iglesia, por medio de esas dos palabras, contempla e imita la vida de la Santísima Trinidad, misterio de comunión hacia adentro y fuente de misión hacia afuera.

La tercera palabra es participación. Si no se cultiva una práctica eclesial que exprese la sinodalidad de manera concreta a cada paso del camino y del obrar, promoviendo la implicación real de todos y cada uno, la comunión y la misión corren el peligro de quedarse como términos un poco abstractos. Celebrar un Sínodo siempre es hermoso e importante, pero es realmente provechoso si se convierte en expresión viva del ser Iglesia, de un actuar caracterizado por una participación auténtica.

Y esto no por exigencias de estilo, sino de fe. La participación es una exigencia de la fe bautismal. Como afirma el apóstol Pablo, «todos nosotros fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo». En el cuerpo eclesial, el único punto de partida, y no puede ser otro, es el Bautismo, nuestro manantial de vida, del que deriva una idéntica dignidad de hijos de Dios, aun en la diferencia de ministerios y carismas. Por eso, todos

estamos llamados a participar en la vida y misión de la Iglesia. Si falta una participación real de todo el Pueblo de Dios, los discursos sobre la comunión corren el riesgo de permanecer como intenciones piadosas. Hemos avanzado en este aspecto, pero todavía nos cuesta, y nos vemos obligados a constatar el malestar y el sufrimiento de numerosos agentes pastorales, de los organismos de participación de las diócesis y las parroquias, y de las mujeres, que a menudo siguen quedando al margen. ¡La participación de todos es un compromiso eclesial irrenunciable! Todos los bautizados, este es el carné de identidad: el Bautismo.

OPCIÓN 2 *Lectura más extensa*

Del discurso del Papa Francisco en la apertura del proceso sinodal

Las palabras clave del Sínodo son tres: comunión, participación y misión. Comunión y misión designan el misterio de la Iglesia. El Concilio Vaticano II precisó que la comunión expresa la naturaleza misma de la Iglesia y, al mismo tiempo, afirmó que la Iglesia ha recibido «la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino». La Iglesia, por medio de esas dos palabras, contempla e imita la vida de la Santísima Trinidad, misterio de comunión hacia adentro y fuente de misión hacia afuera.

La tercera palabra es participación. Si no se cultiva una práctica eclesial que exprese la sinodalidad de manera concreta a cada paso del camino y del obrar, promoviendo la implicación real de todos y cada uno, la comunión y la misión corren el peligro

de quedarse como términos un poco abstractos. Celebrar un Sínodo siempre es hermoso e importante, pero es realmente provechoso si se convierte en expresión viva del ser Iglesia, de un actuar caracterizado por una participación auténtica.

Y esto no por exigencias de estilo, sino de fe. La participación es una exigencia de la fe bautismal. Como afirma el apóstol Pablo, «todos nosotros fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo». En el cuerpo eclesial, el único punto de partida, y no puede ser otro, es el Bautismo, nuestro manantial de vida, del que deriva una idéntica dignidad de hijos de Dios, aun en la diferencia de ministerios y carismas. Por eso, todos estamos llamados a participar en la vida y misión de la Iglesia. Si falta una participación real de todo el Pueblo de Dios, los discursos sobre la comunión corren el riesgo de permanecer como intenciones piadosas. Hemos avanzado en este aspecto, pero todavía nos cuesta, y nos vemos obligados a constatar el malestar y el sufrimiento de numerosos agentes pastorales, de los organismos de participación de las diócesis y las parroquias, y de las mujeres, que a menudo siguen quedando al margen. ¡La participación de todos es un compromiso eclesial irrenunciable! Todos los bautizados, este es el carné de identidad: el Bautismo.



Por tanto, vivamos esta ocasión de encuentro, escucha y reflexión como un tiempo de gracia, que, en la alegría del Evangelio, nos permita captar al menos tres oportunidades.

La primera es la de encaminarnos no ocasionalmente sino estructuralmente hacia una Iglesia sinodal; un lugar abierto, donde todos se sientan en casa y puedan participar.

El Sínodo también nos ofrece una oportunidad para ser Iglesia de la escucha. Escuchar el Espíritu en la adoración y la oración. Escuchar a los hermanos y hermanas acerca de las esperanzas y las crisis de la fe en las diversas partes del mundo, las urgencias de renovación de la vida pastoral y las señales que provienen de las realidades locales.

Por último, tenemos la oportunidad de ser una Iglesia de la cercanía. Volvamos siempre al estilo de Dios, el estilo de Dios es cercanía, compasión y ternura. Si nosotros no llegamos a ser esta Iglesia de la cercanía con actitudes de compasión y ternura, no seremos la Iglesia del Señor. Y esto no sólo con las palabras, sino con la presencia. Una Iglesia que no se separa de la vida, sino que se hace cargo de las fragilidades y las pobreza de nuestro tiempo, curando las heridas y sanando los corazones quebrantados con el bálsamo de Dios.

Que este Sínodo sea un tiempo habitado por el Espíritu. Porque tenemos necesidad del Espíritu, del aliento siempre nuevo de Dios, que libera de toda cerrazón, revive lo que está muerto, desata las cadenas y difunde la alegría. El Espíritu Santo es Aquel que nos guía hacia donde Dios quiere, y no hacia donde nos llevarían nuestras ideas y nuestros gustos personales. Por una “Iglesia distinta”, abierta a la novedad que Dios le quiere indicar, invoquemos al Espíritu con más fuerza y frecuencia, y dispongámonos a escucharlo con humildad, caminando juntos, tal como Él —creador de la comunión y de la misión— desea, es decir, con docilidad y valentía.

ORACIÓN COMUNITARIA

Recemos juntos a Cristo, nuestra esperanza,
diciendo: «Escúchanos, Señor».

- Te damos gracias por el don y la llamada del bautismo.
Te pedimos reconocer la dignidad de cada creyente,
valorar sus dones, alegrarnos con su aporte a la misión.
- Te bendecimos porque nos has llamado a caminar juntos.
Te pedimos la gracia de crecer en comunión y participación,
escuchándonos unos a otros y escuchando juntos la voz
de tu Espíritu.
- Te alabamos por tu cercanía, tu compasión y tu ternura.
Te pedimos ser esa Iglesia que, a imagen tuya,
recibe a todos, se hace cargo de fragilidades y pobreza,
curando heridas y sanando los corazones.

(Otras intenciones de la comunidad.)

Con sencillez y esperanza,
recemos como el Señor Jesús nos enseñó:

— Padre nuestro...

*Se puede agregar un Ave María,
la invocación del santo/a patrono/a: «San(ta) ..., ruega por nosotros»,
y el Gloria.*

continúa ►

Finalmente, la persona que anima dice esta oración u otra apropiada:

Padre misericordioso y fiel,
tu Hijo prometió estar presente
en medio de quienes se reúnen en su Nombre.
Concédenos sentir su presencia entre nosotros
y experimentar la abundancia
de su gracia, su misericordia y su paz,
para que seamos peregrinos y testigos de esperanza
entre los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
— Amén.